

LA (NUEVA) BIBLIOTECA DE BABEL

Gabriela Valenzuela Navarrete*

Resumen

Ha llegado el momento en el que nos resulta difícil concebir la vida sin computadoras e Internet; sin embargo, a menudo se desconoce el origen de un invento que se ha hecho tan omnipresente en nuestros días. En este artículo, se hace primero un repaso de cómo surgieron los primeros intentos por compactar la información en microchips hasta llegar a los actuales lectores electrónicos, tipo Kindle o Papyre. En segundo lugar, se hace referencia breve a la manera en la que Internet y las tecnologías relacionadas están transformando la literatura. Además, se propone al final una nueva manera de considerar los elementos básicos del ejercicio literario, lector, autor y editor.

No voy a negarlo: hay algo de fetichismo en mi gusto por los libros. Me gusta verlos ordenados en los anaqueles de mis libreros, como esperando su turno pacientemente. En cierto modo, me recuerdan a los árboles de un bosque o a las plantas de un jardín, siendo árboles y plantas, testigos mudos pero también refugio, seguridad, protección. Por alguna razón que no sabré explicar hasta que recurra al psicoanálisis, los libros me dan tranquilidad. Sin embargo, mi gusto tiene un límite, determinado por nada más que algo totalmente mundano: el tamaño de mi estudio y de mi bolsillo. Sé que mi dilema no es personal, sino más bien compartido por todos mis colegas: la cantidad de libros que quisiéramos leer excede nuestras capacidades de adquisición y, sobre todo, de almacenamiento.

*Profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, integrante de la Academia de Creación Literaria
gvalenzuelan@gmail.com

Afortunadamente para nosotros, la revolución digital de hace dos décadas parece que hará posible ese deseo insano de adquirir tantos libros como nos sea posible, a través de las versiones digitales de los mismos y la ventajosa posibilidad de almacenarlos en los muchos dispositivos con los que contamos hoy en día, ya sean computadoras, tabletas o lectores electrónicos. Pero ¿sabemos cómo llegamos hasta este punto de la historia? ¿A quién se le ocurrió la brillante idea de compactar los libros al punto de hacer caber miles de ellos en aparatos de 12 x 17 cm?

Sabemos cómo llegamos hasta este punto de la historia?

Por muy extraño que pueda parecer, cada vez son más los estudiosos, como Perla Sassón-Henry (de la Academia Naval de los Estados Unidos) o el mismísimo Umberto Eco, que ponen a Jorge Luis Borges y algunos de sus cuentos en el principio de la concepción de la web. Entre estos relatos, están “Funes, el memorioso”, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “El Aleph” y, por supuesto, “La Biblioteca de Babel”, con sus millones de libros escritos, todos, a partir de la obsesiva combinación de tres letras: M, C, V, que apenas podría competir con la obsesiva combinación del código binario real con el que se construye el lenguaje

cibernético: 1 y 0. Si leemos la descripción que el narrador hace de la maravillosa biblioteca, no tenemos mucha dificultad en encontrar un símil muy contemporáneo: “Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono” (Borges, 2003: 92).

La paternidad de la web siempre se le ha adjudicado a Tim Berners-Lee, que fue el responsable del proyecto que llevaba por título, justamente, “World Wide Web”; sin embargo, este proyecto no hubiera sido posible sin un artículo publicado en 1945: “As we may think” (traducido en español como “Como podríamos pensar”). El autor, Vannevar Bush, era el jefe del grupo de científicos encargados de desarrollar el proyecto de la bomba atómica, que sería puesta a prueba un mes escaso después de la publicación del artículo. Contradictoriamente, uno de los principales postulados de Bush era la utilización de la ciencia a favor de la paz, no de la guerra.

“Como podríamos pensar” parte de un problema que ya aquejaba a los científicos en esa época: las dificultades de almacenamiento y distribución del conocimiento que se generaba en todos y cada uno de los institutos, laboratorios y universidades de los Estados Unidos y del mundo en general, que se acumulaba tanto que ya empezaba a dejar a los estudiosos con la paradoja con la que nos encontramos todos los investigadores de cualquier universidad y de cualquier área: o invertimos el tiempo en conocer todo lo que han hecho nuestros colegas, o intentamos generar nuevos conocimientos con la esperanza de que alguien más, en algún rincón del planeta, se interese en él. En sus propias palabras, “este tipo de catástrofe continúa repitiéndose en nuestros días y entre nosotros: logros verdaderamente significativos se pierden entre el maremágnum de lo carente de interés” (Bush, 1945).

Así, su interés central era buscar una nueva manera para almacenar toda esta información y hacerla más fácilmente disponible valiéndose de los “dispositivos complejos pero altamente fiables y económicos al mismo tiempo” con los que ya se contaba a mediados del siglo XX, como “el sistema

telefónico de conmutación automática que, a pesar de sus cientos de miles de contactos, resulta altamente fiable” (Bush, 1945). Leer el artículo del también asesor del presidente Roosevelt, hoy en día, trae consigo una buena dosis de complaciente nostalgia al revisar cuáles eran los adelantos con los que soñaba este hombre: fotografías “secas”, que pudieran contemplarse un segundo después de tomada la imagen o que apenas midieran unos milímetros y después pudieran ampliarse para ser contempladas; aparatos que escribieran por sí mismos lo que se les dicta, y que esas páginas y las fotografías que las acompañaran pudieran comprimirse para no ocupar mucho espacio, y agrandarse después cuando se les quisiera consultar; una tarjeta que los clientes de una tienda pudieran traer consigo para facilitar sus transacciones y que sirviera para, al mismo tiempo, modificar el saldo en la cuenta del cliente, las comisiones del vendedor y el inventario de la tienda, y, en especial, un microchip del tamaño de una caja de cerillos que contendría, en fotografías minimizadas al máximo, todas y cada una de las páginas de todos los tomos de la Enciclopedia Británica.

Nos maravillaba la idea de que un libro completo cupiera en un disco de 3½ pulgadas

En este año 2013, un “microchip” de ese tamaño nos causaría risa, pero no son tan lejanos los años en los que nos maravillaba la idea de que un libro completo cupiera en un disco de 3½ pulgadas y que 800 de esos discos cupieran en una PC 286. Desde ese punto de vista, no se puede ignorar la gran visión que tuvo Bush al imaginar todos esos adelantos tecnológicos y, sobre todo, el que fue su invento más importante: el Memex, que era “un aparato futuro de uso individual que es una especie de archivo privado mecanizado y biblioteca”. Esto era:

[...] un aparato en el que una persona almacena todos sus libros, archivos y comunicaciones, y que está mecanizado de modo que puede consultarse con una gran velocidad y flexibilidad. En realidad, constituye un suplemento ampliado e íntimo de su memoria.

El memex consiste en un escritorio que, si bien puede ser manejado a distancia, constituye primariamente el lugar de trabajo de la persona que accede a él. En su plano superior hay varias pantallas translúcidas inclinadas —visores— sobre las cuales se puede proyectar el material para ser consultado. También dispone de un teclado y de un conjunto de botones y palancas. Por lo demás, su aspecto se asemeja al de cualquier otra mesa de despacho. (Bush, 1945)

No hay que perder de vista la fecha en la que este hombre concibió tal mecanismo: 1945, cuarenta años antes de que las computadoras empezaran a hacerse personales, cincuenta años antes de que en una PC pudiéramos consultar nuestro correo o ver fotografías y sesenta años antes de que traer 3000 libros en la bolsa fuera una realidad.

Después de esta primera idea, un discípulo de Bush, un sociólogo llamado Ted Nelson propuso un proyecto tan utópico en su momento (los años 60) como su propio nombre: el Proyecto Xanadú. En una primera parte, el proyecto se refería a un procesador de textos capaz de guardar todas las versiones hechas de un documento y de mostrarlas simultáneamente cuando así se le solicitara, una forma primitiva de la función de “Comparar documentos” del actual Word. Lo que

la idea de Nelson permitía era la construcción del conocimiento de una manera colectiva (como hace la hoy tan criticada Wikipedia) y el acceso a este conocimiento de una manera personalizada, pues cada quien podía consultar desde “donde necesitara” ese gran documento, y los cambios se verían reflejados en las consultas de otros usuarios. Gracias a su noción de la manera en la que el cerebro procesa la información (por asociación, uniendo un concepto con otro, y no de manera lineal o acumulativa), Nelson acuñó el concepto más básico necesario para entender la Internet: el hipertexto, documento digital que puede leerse de manera secuencial o no secuencial, ya sea que se sigan o no los enlaces a otros documentos digitales.

La otra gran ambición del Proyecto Xanadú era construir un gran documento que incluyera todo lo escrito por el hombre en cualquier época y en cualquier parte del mundo, almacenado en una serie de computadoras interconectadas entre sí. Es más que obvio que el sueño de Nelson se refleja en el estado actual de Internet y en proyectos de bibliotecas absolutas como Google books o el Proyecto Gutenberg.

La biblioteca de Babel de Borges está tomando forma en el ciberespacio

Michel Hart ideó este proyecto en 1971 y, literalmente, pretendía (y pretende, pues el proyecto sigue vivo) crear una biblioteca digital absoluta que lleva por lema “rompamos las barreras de la ignorancia y el analfabetismo”, aunque sus inicios no fueron los más exitosos: Michel Hart fue también quien creó el primer “e-book”, de 5 kilobytes de peso, allá por el lejano 4 de julio del mismo 1971: era una versión de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y pensó en distribuirlo de manera simultánea entre los ordenadores de la primitiva red del laboratorio informático de la Universidad de Illinois... aunque el intento de distribución “masiva” hizo colapsar la red. Hoy día, el Proyecto Gutenberg alberga 40 000 títulos de dominio público en su base, permite localizar al menos 100 000 más a través de otras bibliotecas electrónicas, y sigue siendo una de las más grandes, por encima incluso de la Biblioteca Mundial Digital impulsada por la UNESCO, pero muy por debajo de Google Books, que ha declarado que, hasta 2010, llevaba ya digitalizados cerca de 10 millones de libros.

Es más que obvio que la biblioteca de Babel de Borges está tomando forma en el ciberespacio, pero todo libro tiene dos partes iguales o todavía más importante que la cuestión de su almacenamiento: el lector al que va dirigido y el escritor, que es quien en primer lugar le da vida.

Hace ya casi veinte años que Gabriel García Márquez movió el panorama literario de mediados de los ochenta con su segunda novela más conocida, *El amor en los tiempos del cólera*, pero la sacudida no sólo vino por la novela en sí, sino porque fue el primer escritor latinoamericano de renombre que reconocía haber escrito el libro en una modernísima computadora Apple... con 10 MB en disco duro y 128 KB de memoria RAM.

En una entrevista posterior, ya en la década de los noventa, García Márquez reconocía que terminaba sus nuevos libros con mayor frecuencia después de ganar el premio Nobel que antes del mismo, pero no era por tener dinero y mejores condiciones para trabajar, sino por su computadora, que

le permitía corregir sus párrafos sin tener que volver a copiar páginas enteras. Pero, a treinta años de la irrupción de las computadoras en el terreno literario, las transformaciones que han traído consigo no se limitan a la velocidad de la escritura, ni a la facilidad para jugar con los elementos editoriales tradicionales, como las fuentes, los márgenes o las imágenes.

Una primera parte de estos cambios tiene que ver con un ejercicio que solía ser visto como lo más libre, algo imposible de ser sometido a reglas o esquematizado. De los decálogos de cuentistas y los consejos o cartas para jóvenes novelistas, hemos pasado a programas de computación que “simplifican” el proceso de escritura de novelas, guiones o poemas como *Fiction master*, *Dramatica pro*, *Liquid Story Binder*, *Storybase*, *Write it now*, o, más recientemente, aplicaciones para tabletas o teléfonos inteligentes como *Visual Poems*, *Writing prompts*, *A novel idea*, *Writer’s app*, o *Write or die*.

Aunque aún no hemos sabido si estas aplicaciones ayudarán a los autores a ganar el Pulitzer, el Alfaguara o el Nobel, sí están logrando algo más, que había quedado un tanto olvidado en décadas recientes: acercar el proceso de escritura a los no-escritores, a la gente que simplemente, un día, decide que quiere intentar escribir algo... Y no hay que perder de vista que así han empezado muchos escritores que hoy son clásicos o famosos: con la súbita decisión de querer sentarse a escribir.

Acercar el proceso
de escritura a los no-
escritores, a la gente que
quiere intentar escribir
algo

Irónicamente, en esta época en la que tanto se pregona la defensa de la democracia en otros ámbitos, la sola idea de que alguien decida escribir un libro, lo edite por sí mismo y lo distribuya también por sí mismo resulta casi repugnante, y las voces se alzan en pro de la defensa de la calidad literaria y se enaltece la figura del editor como un ser superior que sabe decidir qué es bueno y que no vale la pena. Por supuesto, no estoy en contra de los editores, ni menoscabo la capacidad de muchos de ellos, pero creo firmemente que el panorama que ha abierto el uso masivo de las computadoras e Internet está haciendo que nos replanteemos el papel que la triada literaria canónica $\frac{3}{4}$ escritor, editor, lector $\frac{3}{4}$ tendrá en el futuro cercano.

Las bibliotecas babelianas de las que comencé hablando hasta ahora se han formado a partir de libros comunes y corrientes, como los que amamos y conocemos en papel, que han sido digitalizados, y no de verdaderos libros electrónicos, esas extrañas obras que los escritores están creando en estos días y que no pueden ser llevadas al papel porque fueron pensadas, escritas y editadas para existir únicamente en línea.

Son ésas las obras las que, además, están desafiando al lector a dejar su cómodo sillón y no ser ya sólo el escucha atento de la historia que se cuenta en el libro; la inmensa mayoría de la literatura electrónica no está planeada para ser leída de principio a fin, como hacemos con un libro en papel, sino que uno debe decidir el camino a seguir en su lectura, elegir probablemente entre los personajes de una novela, las estrellas que titilan en un poema, las fotografías o los videos, o simplemente seguir o no los hipervínculos que caracterizan a estas obras. En pocas palabras, las obras electrónicas exigen un mayor grado de participación del lector, quien a menudo no sólo debe decidir esos caminos de lectura, sino incluso trabajar en la continuación de la obra, tomar

la pluma ³/₄o el teclado, mejor dicho³/₄ y darle un poco más de vida a esos personajes que se han quedado sólo dibujados en la página web.

Me adelanto aquí a otra objeción constante en lo que se refiere a este tipo de obras: efectivamente, el escritor es ahora sólo quien propone el juego y bosqueja la historia, pero no es el que lo resuelve ni el que detalla la escena. Ya no es más el hombre que juega a ser Dios y construye ³/₄por lo regular en más de siete días³/₄ un pequeño mundo de 300 o 500 páginas. El argumento de que, entonces, la obra no corresponde a la idea original del autor es muy válido; sin embargo, ejemplos de composiciones al azar tenemos muchos, desde los trovadores que iban de pueblo en pueblo recogiendo noticias y haciendo su versión de lo contado hasta los desafiantes surrealistas que hicieron del cadáver exquisito una de sus banderas de guerra, y sí, el escritor de literatura electrónica tiene una idea inicial, pero renuncia a su derecho de terminarla como lo hubiera pensado en aras de la experimentación, de darle al lector una libertad que normalmente no posee.

De nuevo pienso aquí en dos argumentos en detrimento de estas ficciones colaborativas, como hoy se les llama: el primero refiere de nuevo a la calidad de lo escrito por alguien que no es el autor original y el segundo tiene que ver con otra cuestión muy sentida en el mundo editorial, que son los derechos de autor.

En estas cuestiones de la escritura y la publicación en la era digital nada está dicho

Sobre el primero, no me queda más qué decir que ésta época de tantas facilidades para la escritura y la autopublicación puede hacer que en apariencia haya más cosas de poco valor literario al alcance de los lectores, pero también me atrevo a pensar que la queja tiene mucho que ver con el miedo que sentimos a tener que ser quienes juzguen la calidad artística de una obra. No es lo mismo echarle la culpa a alguien más, en especial a los editores, que suelen ser bastante criticados, a tener que asumir que uno mismo es el que no supo apreciar el poco o el gran valor de un poema electrónico o de un hipertexto narrativo.

El segundo argumento, el de los derechos de autor, es todavía el más polémico y el que está más en ciernes. Un 99% de las obras electrónicas son gratuitas todavía, tal vez porque no se ha encontrado el mejor esquema para cobrarlas, como la música lo encontró con Itunes. Sin embargo, hay ya algunos intentos de hacer un negocio lucrativo con ellas y, seguramente, en unos cuantos años el porcentaje de gratuidad será mucho menor, aunque no hay que dejar de lado los muchos ejemplos de obras que empezaron siendo autopublicaciones gratuitas y han terminado siendo éxitos de ventas en los estantes o en las listas de librerías electrónicas.

En estas cuestiones de la escritura y la publicación en la era digital nada está dicho. Llevamos apenas 20 años desde que las computadoras se hicieron populares como herramientas de trabajo y unos pocos menos desde la aparición comercial de Internet, o sea, exactamente 500 años menos que el libro gutenberguiano al que aún le guardamos y le seguiremos guardando³/₄ una devota fidelidad. Hasta ahora, quienes amamos los libros los consideramos un tesoro y los cuidamos pensando que siempre estarán ahí y que pasarán a las manos de nuestros hijos cuando muramos. Esto también está cambiando. Tal vez, de ahora en adelante, en nuestros testamentos no sólo tendremos que

decidir si donamos nuestras bibliotecas a una universidad, o si deberemos agregar a nuestra lista de bienes las contraseñas para ingresar a nuestras cuentas de Amazon.

REFERENCIAS ■

Borges, Jorge Luis (2003) *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Bush, Vannevar (01 de julio de 1945) *As we may think*. Obtenido de *The Atlantic*: <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/1945/07/as-we-may-think/303881/>